

—¡ Beata!... ¡ Beataa!... ¡ Coronela !

La mula Beata, que era la de varas, se esforzaba en vano por mover aquella mole. En tanto Jeromo estaba confuso, con la cara blanca como un pañuelo.

—¡ Ah, granujón! ¡ canalla !—volvió á decirle su amo irritado. ¿ Estás borracho ú qué? ¡ Hasta me chiflo en tu alma!—¡ Beata! ¡ Beata!... ¡ Peregrino!...—¡ So pillol!—volvía á decir encarándose con Jeromo. ¡ No ganas ni el pan que comes! ¡ Malos lobos te coman á tí, traidor!... —¡ Coronela! ¡ Peregrino! ¡ Beata! ¡ hui!... ¡ Arre Peregrino! ¡ Huesqui... Gallarda!... Au... au... au... au...

Tiempo perdido. Las mulas tiraban de buena voluntad; pero el carro no se movía.

—Coge del diestro á ese macho, mastuerzo,—gritó Tabardillo á Jeromo con voz imperiosa y preñada de tempestades. —¡ Una puñalá en la tetilla merecías tú por marrano, avutardo, sin provecho!... ¡ Re...taco!

El zagal aguantó la rociada en silencio, y obedeció sumisamente.

—¡ Arre Capitana! ¡ Toma peregrino! ¡ Hala Gallarda! ¡ hala! ¡ hala!... —exclamaba Tabardillo, animando y aguijoneando al ganado.

Pero el carro permanecía clavado á la tierra, sin adelantar una pulgada.

Entonces tuvo lugar ese espectáculo inhumano, horrible, salvaje... y, sin embargo, tan frecuente en nuestro país. Después de haber descargado con toda su bestial fuerza una serie feroz de garrotazos á la mula de varas que había hecho noblemente cuanto había podido, y después de haber repartido entre las demás mulas del tiro crueles varazos, y tan dolorosos que los pobres animales para recibirlos doblaban sumisamente el lomo; Tabardillo, ebrio de coraje, echando fuego por los ojos y mirando su carro atascado, empezó á descolgar todo lo más santo, y á poner su lengua malvada sobre cuanto hay de sagrado y augusto en cielo y tierra.

La muchedumbre escuchaba espantada y en silencio aquellas infernales blasfemias, y era verdaderamente vergonzoso que ninguno hiciese callar á aquel demonio. De repente salió de un grupo que acababa de llegar, un hombre del pueblo, enérgico, sereno y resuelto:

—Menos lengua,—dijo,—buen hombre, y más sentío. ¿ No es una mala vergüenza que esté usted echando por la boca toda la fuerza? ¡ Canastos! ¡ Vaya con el ciudadano, que se sabe de memoria todo el silabario de los pecados!... ¡ Capote! ¡ Ya está usted apechugando con una rueda! ¡ Y apriete fuerte, que lo mismo haremos aquí!

Y como Tabardillo lo mirase vacilando: